

**TOPICOS DEL  
HUMANISMO**

Enero del 2000

Nº 54

# LA NARRATIVA COSTARRICENSE DE FIN DE SIGLO

Alvaro Quesada Soto

## La "Segunda República"

Tras la guerra civil de 1948 se inicia en Costa Rica un nuevo proyecto nacionalista y un nuevo período modernizador —una "Segunda República", según sus ideólogos, debía sustituir a la obsoleta República Liberal— siguiendo los lineamientos del nuevo orden que se delineaba tras la II Guerra Mundial y el inicio de la "Guerra Fría". En el ámbito interno, el período está dominado por la ideología socialdemócrata, encarnada en el Partido Liberación Nacional. Durante este período se afianza una nueva versión de la historia costarricense, elaborada por Rodrigo Facio y Carlos Monge, que oponía la "democracia rural", garantizada por una distribución equitativa de la propiedad, al liberalismo de la oligarquía cafetalera y el "mercado libre", que llevaban —según esta versión— a la desigualdad, el latifundio o el control de las empresas y países poderosos sobre la economía nacional. El nuevo proyecto histórico que se desprendía de esta visión del pasado tendía al control de la oligarquía cafetalera y al desmantelamiento de la República liberal oligárquica, mediante la combinación de varios factores: la fundación de un partido ideológico con un nuevo proyecto modernizador; la organización de un Estado Nacional que orientara la marcha de la economía y regulara las relaciones sociales; la sustitución del monocultivo del café por una diversificación agrícola y el fomento de la industria. La visión de la historia costarricense se hacía coincidir, en forma coherente, con las teorías keynesianas y el "new deal" entonces en boga, para promover el surgimiento de un "Estado benefactor" y un proyecto de "sustitución de importaciones" que permitiera, a juicio de sus ideólogos, armonizar la modernización capitalista con la justicia social. En el plano ideológico, dentro del contexto de la "guerra fría", la socialdemocracia costarricense, aliada de los Estados Unidos y del bloque capitalista internacional, mantuvo una posición ambigua, de precarias alianzas o enfrentamientos, con los grupos más conservadores —ligados a la vieja oligarquía cafetalera y reunidos en agrupaciones como la ANFE o el periódico *La Nación*— y los grupos más radicales o revolucionarios, afines al comunismo o el socialismo.

A partir de 1948 se abolió el ejército, se perfeccionaron los mecanismos electorales, se nacionalizó la banca y se crearon o fortalecieron una serie de instituciones encargadas de la expansión, a lo largo del territorio nacional, de la educación, la salud y la cultura, las carreteras y vías de comunicación, los servicios eléctricos y telefónicos o el turismo; mientras otra red de instituciones se encargaba de arbitrar las relaciones entre propietarios y trabajadores o productores y consumidores. Las nuevas oportunidades educativas y sociales fortalecieron el crecimiento de una clase media y de una sociedad menos estratificada, con mayores opciones de ascenso y movilidad social.

Sin embargo, tras esta fachada de modernización democrática, crecimiento y progreso, se experimentaban también nuevas formas de dominio, corrupción, desintegración y enajenación. El crecimiento del Estado bajo el nuevo proyecto nacionalista y modernizador llevaba al endeudamiento y la dependencia de los gobiernos extranjeros, organismos y empresas transnacionales, que financiaban o controlaban el proceso. El crecimiento del Estado llevaba a la consolidación de un aparato burocrático que se tornaba cada vez más omnímodo, autárquico e incontrolable. En evidente contraste con lo predicado por Facio y los ideólogos de la "Segunda República", el proyecto conducía a la sustitución de la vieja oligarquía cafetalera por una nueva oligarquía de políticos empresarios, burócratas y gerentes, ligados al nuevo proyecto modernizador; el dominio ejercido por el aparato burocrático y el Partido Liberación Nacional llevaba a nuevas formas de "argollismo" o clientelismo, y la incipiente "industrialización" más que a "sustituir importaciones" llevaba a nuevas formas de endeudamiento y dependencia.

En el ámbito cultural, la modernización se percibía también como generadora de descompo-

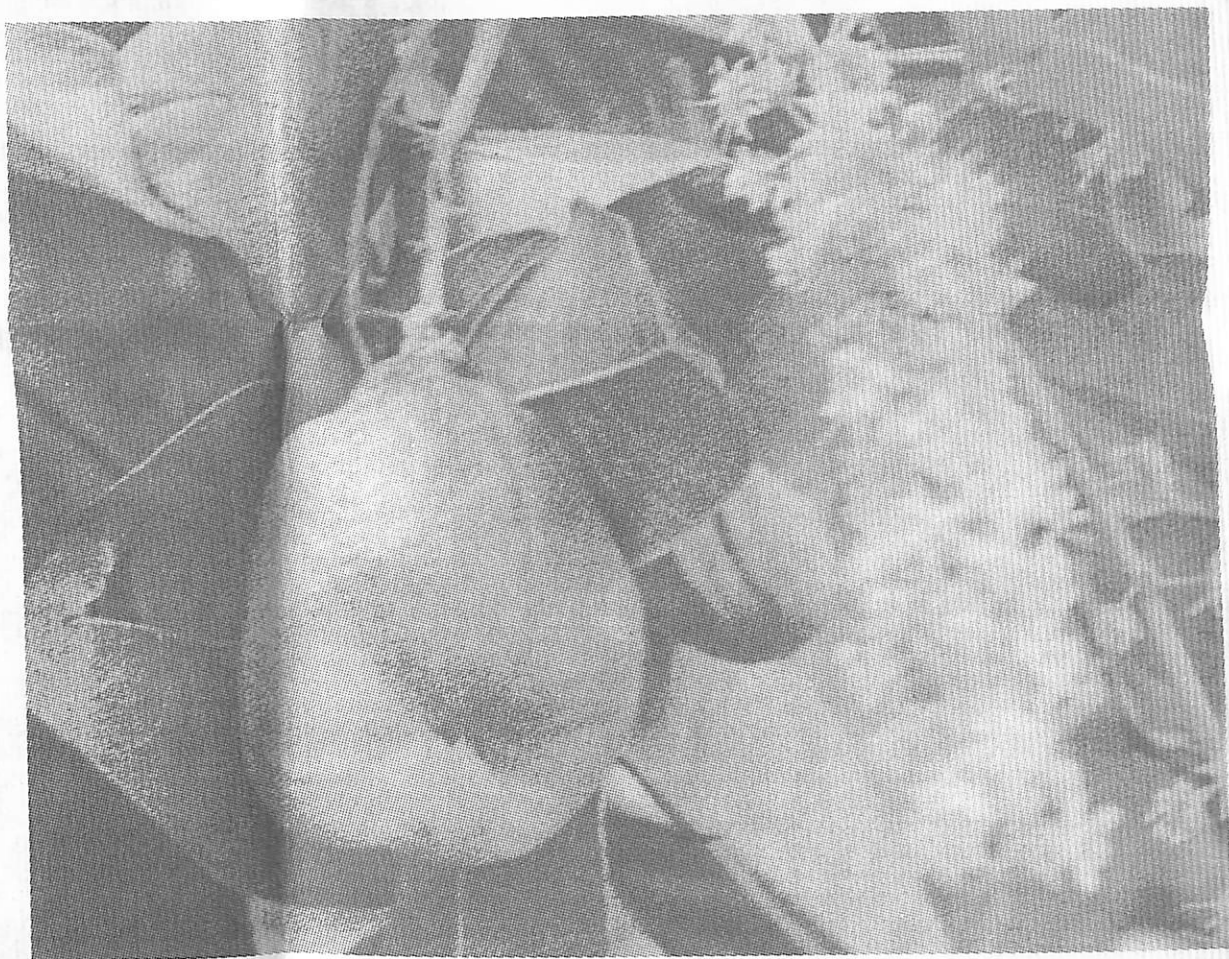
sición social, enajenación, pérdida de valores e identidad. Por un lado, con las migraciones provocadas por el agotamiento de la frontera agrícola y el nuevo proyecto modernizador, se rompió definitivamente el tradicional equilibrio entre las culturas rural y urbana. A partir de 1950 se inicia un crecimiento canceroso, desordenado y caótico, de San José y el área metropolitana, debido tanto a la inmigración incontrolable como a una "modernización" equívoca, que destruyó el patrimonio arquitectónico, desfiguró el perfil de la ciudad y desparramó a los pobladores en barrios residenciales, urbanizaciones y tugurios, que proliferaron en forma caótica y aleatoria por los antiguos potreros y cafetales aledaños.

La educación rural y el alfabetismo, que se masificaron a partir de 1950, fueron borrando poco a poco los últimos vestigios de las viejas culturas ligadas a la tradición oral y campesina, alterando radicalmente el perfil tradicional del "concho", representación típica de la identidad nacional en la literatura costumbrista y la memoria colectiva del

## La promoción de 1960

La década de 1960 marca el inicio de un renacer en la narrativa costarricense, relativamente estancada en los años 50 tras el florecimiento de los 40. Los autores que comienzan a publicar en esta época pueden ser ubicados por su edad y formación ideológico-literaria en diversos grupos, aunque en su producción y en sus actividades literarias interactúan y coinciden cronológicamente como si formaran una misma promoción.

Un primer grupo cuyo período de formación coincide con los inicios del proyecto modernizador de la "Segunda República", estaría conformado por, entre otros, Alberto Cañas (1920), Julieta Pinto (1922), José León Sánchez (1929), Carmen Naranjo (1931), Rima de Vallbona (1931), Samuel Rovinski (1932), Virgilio Mora (1935). Un segundo grupo, cuyo período de formación coincide con las transformaciones ideológicas y culturales ligadas a la Revolución Cubana y las revueltas estudiantiles y juveniles, estaría conformado por los narra-



costarricense. A este proceso coadyuvó la creciente urbanización y la penetración de las nuevas culturas de masas o los nuevos patrones de consumo, ligados a la influencia dominante de la cultura estadounidense —que en estos años va a sustituir definitivamente a Europa como metrópolis cultural— y de medios de comunicación como el radio, el cine y —a partir de 1960— la televisión. Nuevos patrones culturales, asociados a las nuevas culturas de masas y a las clases medias y populares urbanas —cuyo estereotipo negativo sería la figura del "pachuco"— se difunden y ganan espacio en la ciudad, ante el desconcierto, la curiosidad o el disgusto de las viejas elites o los intelectuales, quienes veían modificarse vertiginosamente o desaparecer los rasgos físicos y culturales que habían caracterizado la fisonomía tradicional del país desde fines del siglo pasado.

En las décadas de 1960 y 1970 las transformaciones ideológicas y culturales se agudizan con el auge, tras el triunfo de la Revolución Cubana, de las ideas "tercermundistas", anticolonialistas y antimperialistas, por una parte; y el impacto, por otra parte, hacia 1970, de las nuevas culturas "pop" o "contraculturales", los "hippies" y los "beatniks", las rebeliones estudiantiles y juveniles, con su radicalismo irreverente y su rechazo a la educación, la moral y el orden social tradicionales.

dores Fernando Durán Ayanegui (1939), Quince Duncan (1940), Alfonso Chase (1945), Gerardo César Hurtado (1949).

Gran parte de la producción narrativa de Cañas (de *Una casa en el Barrio del Carmen*, 1965 a *Los molinos de Dios*, 1992) y Pinto (*Los marginados*, 1970; *El eco de los pasos*, 1979; *Tierra de espejismos*, 1991) retoma la vertiente realista de denuncia o indagación social que había emprendido la "generación del 40", aunque poniendo énfasis en el análisis de las nuevas transformaciones en la vida urbana y el campo que nacían con el nuevo proyecto modernizador, y con una posición ideológica más cercana a la socialdemocracia que al comunismo. Es frecuente en algunos de esos textos la reflexión sobre el desarrollo histórico del país mediante la introducción de personajes y situaciones que ponen en evidencia el contraste entre los ideales patrióticos de justicia y reforma social que guiaron las luchas del 48 y el nuevo orden que se ha venido construyendo, caracterizado por la insensibilidad burocrática, el argollismo, la enajenación y el oportunismo. A esta misma temática se acercan algunas novelas de otros autores más jóvenes como Duncan (*Final de calle*, 1979) y Hurtado (*Los vencidos*, 1977).

Las novelas de Sánchez retoman de la novela

del 40 la preocupación por testimoniar —desde el punto de vista de los personajes marginados— ámbitos periféricos de la historia o la vida social: el presidio de San Lucas en La isla de los hombres solos (1963), los enclaves mineros de Abangares en La colina del buey (1972), o la conquista de México desde el punto de vista de los aztecas en Tenochtitlán (1986). Un fenómeno nuevo en la literatura costarricense de este período es la aparición de los primeros escritores afrocaribeños como Duncan o la poetisa Eulalia Bernard. En relatos y novelas de Duncan como *Hombres curtidos* (1973), *Los cuatro espejos* (1975), *La paz del pueblo* (1979), *Kimbo* (1990), la historia, la vida y la cultura afrocaribeñas o los problemas raciales, se enuncian por primera vez en la literatura costarricense desde el punto de vista de un escritor negro. Las novelas de Mora, con procedimientos narrativos innovadores y una agresividad verbal inusitada en la literatura costarricense, exploran también fenómenos de marginación urbana, ligados a la locura, el sado-masochismo, la represión social, síquica y sexual, en varios relatos y novelas que se inician con *Cachaza* (1977).

Las transformaciones en la vida, los sujetos, discursos y culturas urbanas, la mentalidad burocrática, las nuevas variantes del poder, la enajenación y la incomunicación se exploran, recurriendo a complejas combinaciones discursivas o técnicas novedosas y experimentales, en *Ceremonia de casta* (1976) de Rovinski y, sobre todo, en la amplia, innovadora y rica producción narrativa de Carmen Naranjo, donde sobresalen las novelas *Los perros no ladraron* (1966), *Camino al mediodía* (1968), *Memorias de un hombre palabra* (1968), *Responso por el niño Juan Manuel* (1971), *Diario de una multitud* (1974), amén de numerosos cuentos. La imagen de la ciudad que ofrecen los textos de Naranjo es la de un mundo gris y hostil, impersonal o anónimo; la mediocridad y la trivialidad, la ausencia de personalidad y autoestima, o un malestar y un miedo indefinibles, corroen la subjetividad de los habitantes. Los personajes, en el sentido tradicional del término, son frecuentemente sustituidos por voces errantes, sin cuerpo y sin alma, que deambulan por un mundo urbano sin centro, sin orden, ni coherencia, ni sentido.

La incorporación de áreas de la vida social censuradas en el discurso literario tradicional (el ámbito de la vida sexual, lo escatológico e indecente, el mundo de la prostitución o el alcoholismo, lo que por decencia no se dice ni escribe públicamente) o la apropiación de los nuevos discursos urbanos del "pachuco" o el lumpen marginal, comienza a aparecer en textos de Mora (*Cachaza*, *La película*, *La loca Prado*, los cuentos reunidos en *La distancia del último adiós*), en algunos cuentos de Chase incluidos en *Mirar con inocencia* (1975), o en la serie de relatos testimoniales, de escasa pretensión literaria pero de gran difusión en la década de 1970, de Alfredo Oreamuno *Sinatra*.

En concordancia con el nuevo papel que la mujer comienza a jugar en la sociedad a partir de 1949, al ser incorporada como ciudadana plena con derecho a voto, aumenta sustancialmente la presencia femenina en la literatura costarricense contemporánea. Las figuras femeninas, excepcionales en la literatura de los dos primeros tercios del siglo, ingresan masivamente a la literatura en el último tercio. Una parte de la producción narrativa de estas décadas se preocupa por explorar los temas de la vida familiar, la discriminación sexista o las relaciones de género, desde la óptica de la mujer y la percepción femenina, en varias novelas y relatos de Pinto (*Si se oyera el silencio*, 1967; *La estación que sigue al verano*, 1969), Vallbona (*Noche en vela*, 1968) o Naranjo (*Sobrepunto*, 1985).

Entre el grupo de autores más jóvenes que se forman bajo el influjo de las revueltas juveniles y estudiantiles, en las novelas (*Los juegos furtivos*, 1968, *Las puertas de la noche*, 1974) y algunos cuentos de Chase, o en las novelas de Hurtado (*Irazú*, 1972, *Los parques*, *Así en la vida como en la muerte*, 1975; *Libro brujo*, 1998), es frecuente el tema del joven o el adolescente en búsqueda problemática de su identidad en un mundo cuyas normas y valores se perciben como extraños u hostiles a la subjetividad de los protagonistas. Predomina en estas novelas la temática —por otra parte frecuente en toda la literatura de la época— de la soledad, el desarraigo, la incomunicación, el rechazo al orden social o los valores de los padres y ancestros, de los que se sienten exiliados o ajenos los jóvenes protagonistas.

Otra línea narrativa de esta época, que desarrolla una temática poco frecuentada por la literatura costarricense anterior, es la literatura fantástica o la literatura de intención lúdica, que juega —mediante recursos como el desdoblamiento, la intertextualidad, la ironía, la sátira o la parodia— con las convenciones que determinan los límites entre diversos géneros y discursos, entre uno y los otros, el tiempo y el espacio, la realidad

y la ficción, lo serio o trascendental y lo cómico o intrascendente, en numerosos relatos de Durán, Miriam Bustos, algunos textos de Chase, *El despertar de Lázaro* de Pinto, las últimas novelas de Mora como *Mano a mano*, o la novela póstuma de Mario Picado *Lino XIX*.

En toda la narrativa de esta época se profundiza la brecha, que se había venido ensanchando a lo largo de la historia literaria costarricense, entre subjetividad y orden social. Las instancias del poder, sus mecanismos de dominación o enajenación, se manifiestan cada vez más difíciles de determinar y representar pues pasan de identificarse con figuras o instituciones fácilmente ubicables en el mundo objetivo —como el Estado, el mercado, el latifundio, las bananeras— a identificarse con estructuras más difíciles de percibir conscientemente, pero igualmente represivas y omnímodas —como el patriarcalismo, la burocracia o los sistemas de control ideológico— que tienden a trasladar los conflictos desde la realidad objetiva a la subjetividad misma del personaje. La relación subjetividad/orden social se torna más compleja, sus límites tienden a disolverse en un abigarrado juego discursivo donde es difícil reconocer las fronteras entre lo "propio" y lo "ajeno", lo subjetivo y lo objetivo, lo real y lo imaginario.

La mayor parte de estos autores, cuyos textos coinciden con la difusión del llamado "boom" de la nueva narrativa latinoamericana, se caracterizan por la búsqueda de procedimientos innovadores o experimentales de escritura. Es característico de esta promoción, los cortes y montajes espacio-temporales que transmiten la imagen de una realidad fragmentada, múltiple o heterogénea, imposible de aprehender como una unidad o totalidad organizada y coherente. A esto mismo coadyuva la experimentación con los discursos que traducen la expresión "en bruto" (no pulida o codificada) de la vivencia subjetiva, ya sea mediante el monólogo interior o la asociación más o menos libre de recuerdos, ocurrencias, palabras, sensaciones e imágenes.

#### Globalización y posmodernidad

Las últimas dos décadas del siglo XX gestaron en Costa Rica, como en todo el planeta, cambios radicales y vertiginosos en todos los ámbitos; cambios que revolucionaron las formas consabidas de imaginarse a sí mismo, como sujeto o como ciudadano, y de situarse en la sociedad o el mundo.

La crisis de 1980 y más tarde, los movimientos revolucionarios y las estrategias contrarrevolucionarias en Centroamérica, que hicieron oscilar el país —en medio de una histeria protofascista— entre la paz y la guerra, la "neutralidad" y la ocupación militar solapada, así como los fenómenos ligados a la "globalización", han generado una metamorfosis radical —cuyo resultado es aun incierto— de la Costa Rica que se había venido construyendo a lo largo del último siglo, y quebraron la imagen que los costarricenses se habían forjado de su relación, como sujetos o ciudadanos, con su país o de su país con el mundo. Por otra parte, los discursos ligados a las posiciones "posmodernas" permitieron también plantear, desde una posición distanciada, desencantada o transgresora, la reivindicación de las culturas marginales y contraculturas, la revisión crítica de los mitos y construcciones ideológicas o culturales que sirvieron de base a los estereotipos y comportamientos difundidos por el nacionalismo y la cultura oficiales a lo largo del siglo XX.

En estas décadas se inicia, bajo el dominio del neoliberalismo, aunque con ingentes resistencias desde otros ámbitos, un nuevo proyecto modernizador que en gran medida invertía los términos del proyecto propuesto por los ideólogos de la "Segunda República". En la nueva versión neoliberal de la historia costarricense, el papel de héroe recae sobre la empresa privada, a la que se asocian las nociones de libertad, riqueza, progreso y eficiencia; el papel de antihéroe pasa a ser desempeñado por el Estado Benefactor, al que se le atribuyen las nociones opuestas: monopolio y corrupción, endeudamiento, demagogia, burocracia, ineficiencia. Un nuevo discurso oficial —difundido por los gobernantes y funcionarios de turno, las cámaras empresariales, el periódico *La Nación* y otros medios— procura identificar los intereses "nacionales" con los intereses de la nueva oligarquía globalizada de empresarios, políticos y tecnócratas, formada al amparo del "ajuste estructural". En el nuevo discurso se exige como imperativo histórico, necesario para superar la crisis y sobrevivir en el nuevo mundo global, "sacrificios" a los trabajadores e "incentivos" para los empresarios; mientras la venta del país —instituciones, patrimonio, tierras, trabajo— en el mercado internacional, pasa a confundirse con el "patriotismo". Los que se resisten a esas formas de globalización son definidos como "grupos de presión" o "antipatriotas"

que defienden el "statu quo" (las instituciones públicas o las leyes sociales y laborales creadas bajo el Estado Benefactor) y representan intereses locales o gremiales (los de organizaciones obreras y populares), opuestos a los intereses "nacionales" o "patrióticos", al "cambio" y al "progreso" postulados por la elite oligárquica. La resistencia popular a los términos y consecuencias del "ajuste" es interpretada por la elite en el poder como un problema de "ingobernabilidad", cuya solución legitima la toma de decisiones inconsultas o arbitrarias, el engaño y el autoritarismo, disfrazados bajo el lema de "concertación". A eso se agrega un uso creciente del doble discurso por parte de la elite política: lo que se dice o promete es un ocultamiento constante de lo que se hace y practica. Por otra parte, los nexos y ramificaciones de la oligarquía entre las cúpulas de los dos partidos políticos oficiales (PUSC-PLN), o el control que ejercen los miembros de la elite sobre los principales medios de información y propaganda —de los que son dueños o socios— les garantiza prácticamente el monopolio del poder político e ideológico, sin que se alteren sin embargo las apariencias formales de una democracia electoral.

La tensión entre los esfuerzos de la elite neoliberal por implantar su proyecto modernizador y las resistencias de las mayorías oprimidas por el "ajuste", va generando una pugna cada vez más marcada y aguda en el interior del país: Costa Rica tiende a dividirse en dos mundos superpuestos, coexistentes pero radicalmente distintos. Un espacio "privado" —el que privilegia la imagen oficial de la Nación—, que ofrece bienes y servicios de calidad a un alto precio, solo accesible a la elite, la clase media alta y el turismo extranjero; contrasta con un amplio espacio —semioculto en el discurso oficial— donde los salarios insuficientes, las condiciones de trabajo insatisfactorias, el deterioro o la eliminación de las instituciones y servicios públicos, un sistema impositivo que grava salarios y pensiones pero no grava las ganancias y fomenta la evasión, van delineando un mundo de excluidos o segregados, que ven decrecer su poder adquisitivo, sus esperanzas de mejoramiento y hasta sus posibilidades de sobrevivencia, mientras contemplan con estupor, con rabia o con asco, la prosperidad, la corrupción y la impunidad de la elite. La visión crítica —que en ocasiones asume un humor corrosivo y una deconstrucción satírica o paródica de los discursos oficiales— y el desencanto, son la tónica dominante en la literatura de los autores que se inician a partir de 1980, característica que asumen también textos de autores de la promoción anterior que se publican en estos años.

#### La promoción del 80

La década de 1980 marca el ingreso de una nueva promoción de narradores donde figuran, entre otros, Linda Berrón (1951), Ana Cristina Rossi (1952), Hugo Rivas (1954-1992), Rodolfo Arias (1956), José Ricardo Chaves (1958), Dorelia Barahona (1959), Carlos Cortés (1962), Rodrigo Soto (1962), Fernando Contreras (1963). A esa lista se pueden agregar dos autores que por sus fechas de nacimiento deberían ser ubicados dentro de la promoción anterior, pero que por las fechas de publicación y las características de sus textos se acercan a esta última: Tatiana Lobo (1939) y Rafael Angel Herra (1943).

La crisis de 1980 y las vertiginosas transformaciones históricas y culturales reseñadas anteriormente, unidas al interés por la revisión de la historia que despertó la conmemoración del V centenario del "descubrimiento" de América, generaron en Costa Rica —al igual que en el resto de Hispanoamérica— una extraordinaria proliferación de la novela y el drama históricos. Este interés convoca tanto a autores que se habían ya iniciado en los 60, como Cañas (*Los molinos de Dios*, 1992), Sánchez (*Tenochtitlán*, 1986; *Campanas para llamar al viento*, 1987), Durán (*Las estirpes de Montánchez*, 1992), Chase (*El pavo real y la mariposa*, 1996) o Daniel Gallegos (*El pasado es un extraño país*, 1995), como a debutantes. La nueva novela histórica costarricense —como su homóloga latinoamericana— se preocupa por ofrecer una reinterpretación crítica de la historia oficial recurriendo a épocas y procedimientos narrativos muy diversos, desde el realismo tradicional hasta recursos innovadores que combinan el dato histórico y el elemento fantástico; que introducen mitos, creencias y leyendas populares; recogen la visión de las culturas indígenas, afrocaribeñas o marginales; juegan —por medio de anacronismos, mezclas discursivas o reversiones paródicas— con la desnaturalización de los mitos y discursos oficiales. Descuellan en el campo de la narrativa histórica la escritora Tatiana Lobo, quien sorprendió con una primera novela excepcional: *Asalto al paraíso* (1992). Cartago y Talamanca, el Valle Central y el Caribe se convierten, mediante una innovadora utilización del tópico del viaje iniciático y la transgresión de fronteras, en representación simbólica del encuentro entre diversas opciones culturales y

vitales —el principio masculino y racional junto con el principio femenino y pulsional; la razón occidental y la vivencia mítica aborigen— que dialogan en la conciencia del protagonista Pedro Albarán. La novela, que tiene como fondo la sublevación indígena de Presbere en 1709, rompe también con la visión idealizada y bucólica de la Colonia que proclamaba la historia oficial. Su segunda novela *Calypso* (1996) explora también los alcances del diálogo interétnico e intercultural, a través de varias generaciones de dos núcleos familiares —uno blanco, otro negro— en un pueblo costero del Caribe; personajes y pueblo se van formando y transformando en contacto con los vertiginosos cambios históricos del siglo XX.

Gran parte de la producción narrativa de fin de siglo se construye como reacción crítica a los procesos de desintegración social, descomposición moral y corrupción generalizada que se dan en el país a partir de 1980. Diversos aspectos, como las estrategias revolucionarias o contrarrevolucionarias, la venta o la entrega del país, la corrupción y la hipocresía políticas, el periodismo venal, el lavado de dinero y el narcotráfico, la marginación cultural y social, la destrucción ecológica, el contraste entre las apariencias que se muestran y la realidad que se oculta o se niega, son tratados desde diversas ópticas ideológicas y diversos procedimientos narrativos en una amplia gama de textos. Un grupo, más cercano al realismo social, al testimonio y la denuncia, está conformado por novelas como *La luna de la hierba roja* (1984) de Sánchez, *Los sonidos de la aurora* (1991) de Carlos Morales, *La loca de Gandoca* (1992) de Rossi, *Retrato de mujer en terraza* (1995) de Barahona o *Los ojos del antifaz* (1999) de Adriano Corrales.

Otro grupo recurre a procedimientos narrativos como la deformación carnavalesca, las inversiones o reversiones paródicas, las metamorfosis y desdoblamiento, el humor grotesco y el esperpento, para ofrecer la imagen de un mundo dislocado, en deterioro y descomposición, donde las fantasías o las apariencias —que remiten a las representaciones oficiales de un país excepcional o de un pasado venerable— se contraponen a una realidad enmascarada por el lugar común y la estulticia, o a un mundo anómalo y deforme, clandestino o marginal, regido por la exclusión, la represión y la violencia, el traspase de identidades y la enajenación.

*Mundicia* (1992), "farsa épica" de Soto—cuyo título remite a la asociación inmundicia/tiquicia—, rebaja y revierte en forma paródica y grotesca los estereotipos oficiales que privilegian la "excepcionalidad" del país. En *Única mirando al mar* (1993) de Contreras, el basurero de Río Azul se convierte en símbolo de un país que excluye como basura desechable objetos de consumo y seres humanos. La humanidad y solidaridad de los "buzos" que viven en el basurero, contrasta con la inhumanidad y destructividad del mundo que los margina: los sujetos "normales" que viven bajo las normas de la "civilización" y el "progreso". En *Los Peor* (1995), segunda novela de Contreras, una antigua casa, convertida ahora en prostíbulo, esconde en sus cimientos las reliquias olvidadas y ocultas de la gesta heroica de 1856. El personaje central es un cíclope, producto de mutaciones debidas al uso de agroquímicos, y la imagen de la ciudad se construye mediante la superposición de tiempos históricos y culturales. El mundo moderno —un San José esperpéntico y contaminado, habitado por "chapulines"— se mezcla con referencias mitológicas, clásicas, medievales o renacentistas y con la imagen —que solo los ciegos o locos ven— del mítico San José de la época liberal, anterior al proyecto modernizador de la "Segunda República". *Cruz de olvido* (1999) de Cortés, toma como protagonista un revolucionario desengañado y construye también la imagen de un San José grotesco y siniestro, donde las referencias que remiten a figuras y lugares familiares y fácilmente ubicables para el lector, solo aparecen en el texto como el residuo apenas reconocible de otro mundo, un mundo subterráneo desfigurado por el mal, la corrupción, el terror y la violencia.

Los comportamientos culturales y discursivos de la clase media y los estratos marginales se exploran en algunas novelas de Rodolfo Arias y Sergio Muñoz. *El Emperador Tertuliano y la legión de los superlimpios* (1992) de Arias juega hábilmente con un lenguaje narrativo que parodia el punto de vista y los discursos —cargados de muletillas verbales, eslóganes comerciales, dialectos populares y fórmulas burocráticas— de sus personajes para ofrecer una visión entre humorística y patética de las aspiraciones y esperanzas, corroídas por el sistema burocrático, carcomidas por la crisis, las limitaciones y la pobreza de perspectivas, de los oficinistas y empleados públicos. La exploración de los sueños consumistas y la enajenación de la clase media se continúa en la segunda novela del mismo autor, *Vamos a Panamá* (1997). *Los dorados* (1999) de Sergio Muñoz

explora el mundo y el lenguaje de los excluidos y marginados, sus estrategias de autoafirmación y sobrevivencia, sus esfuerzos por afirmar la dignidad, el amor o la esperanza en un mundo dominado por la miseria, cuyas únicas perspectivas parecen ser la violencia, el crimen, la droga y la prostitución.

Recursos formales "posmodernos" semejantes a los de algunos textos mencionados, aunque aplicados a contenidos muy diversos, alejados de toda referencia a la realidad costarricense, utilizan los relatos y novelas de Herra, *La guerra prodigiosa* (1986), *El genio de la botella* (1990), *Viaje al reino de los deseos* (1992). Estos textos juegan profusamente con la intertextualidad y los anacronismos, las referencias a otros textos y discursos que van desde *La Biblia* y las mitologías clásicas a la literatura fantástica y la ciencia-ficción contemporáneas, para poner en evidencia el carácter convencional de toda representación de la realidad, incluyendo su propia escritura.

Un numeroso grupo de novelas de estos años desarrolla la temática, introducida en las décadas anteriores por Alfonso Chase y Gerardo César Hurtado, del joven en busca de su identidad o su integración conflictiva a un mundo social que en algunos de estos textos se va tornando cada vez más ominoso, ajeno y hostil, como en relatos y novelas de Soto (*Mitomanías*, 1983; *La estrategia de la araña*, 1985; *La torre abolida* 1995; *Dicen que los monos éramos felices*, 1996) o Rivas (*Esa orilla sin nadie*, 1988). Predomina en estas novelas el tema de la incomunicación, la soledad y el aislamiento: los personajes deambulan en un mundo que no les ofrece asidero ni respuesta; toda relación se vuelve decepcionante, conflictiva y dolorosa, y los personajes desembocan con frecuencia en el suicidio o la muerte.

En algunos textos de autores nacidos en la década de 1950 se hace alusión explícita a las luchas, discusiones y acontecimientos que marcaron las utopías juveniles de los 60 y 70, especialmente a las legendarias manifestaciones contra ALCOA en abril de 1970. Estos relatos adquieren un formato testimonial donde se rememora —entre la nostalgia y el desencanto— el aprendizaje erótico, social y político de jóvenes cuyas rupturas y rebeldías emergentes se afirman con dificultad en medio de las costumbres y valores conservadores dominantes. El erotismo juega en muchos de estos relatos un papel central, relacionado casi siempre con los proyectos de emancipación y rebelión de los protagonistas contra el orden social establecido. Con frecuencia en estos textos las protagonistas son mujeres y su experiencia se convierte también en un estudio de las relaciones de género y una denuncia del patriarcalismo. A este grupo se adscriben obras como *La huella de abril* (1989) de Alicia Miranda, *De qué manera te olvidé* (1990) de Barahona, *Historias de un testigo interior* (1990) de Rosibel Morera, *Desconciertos en un jardín tropical* (1999) de Magda Zavala. Las relaciones de

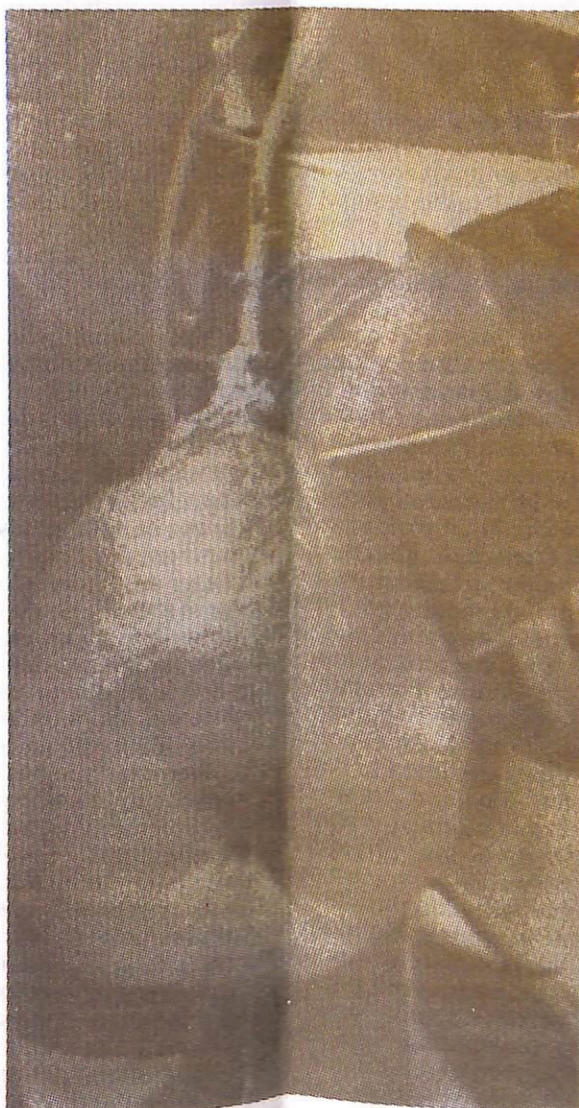
género y la temática femenina se explora intensamente también en la obra narrativa de Berrón: *La última seducción*, *El expediente* (1989), *La cigarra autista* (1992).

*María la noche* (1985) de Rossi recoge en una compleja novela muchas de las preocupaciones ideológicas y estéticas de esta promoción. La novela, ubicada en Londres, alterna los monólogos de dos personajes contrapuestos: Antonio, académico español, representa el aspecto masculino, lógico y racional; Mariestela, exestudiante "tropical" costarricense, representa el aspecto femenino, vivencial y pulsional. En Mariestela además se contraponen dos ámbitos sociales y culturales: San José y el Valle Central, la Costa Rica oficial y "civilizada", se opone al Caribe, la parte oculta, vital y pulsional; la familia y el orden social convencionales, se oponen a las experiencias de la juventud "hippie", irreverente y transgresora, de los setenta. La ruptura con las represiones y tabúes sexuales, paralela a la ruptura con el discurso lógico y convencional, se corresponde en el texto con el aprendizaje de un nuevo lenguaje, nuevas formas de comunicarse consigo mismo y con el mundo. El discurso narrativo además varía desde la discusión casi ensayística hasta la evocación lírica; al mismo tiempo que mantiene al lector en una ambigüedad constante entre diversos planos de la realidad, el presente y el pasado, el sueño, la fantasía o la alucinación. Tanto en la novela de Rossi como en relatos y novelas de Uriel Quesada y J.R. Chaves (*Los susurros de Perseo*, 1994; *Paisaje con tumbas pintadas en rosa*, 1998) se explora también uno de los temas que habían permanecido más censurados en la literatura costarricense: el de las relaciones homoeróticas, que en la última novela citada se enmarcan en el ambiente de temor, segregación e intolerancia provocado por la aparición del SIDA en los años 80.

En términos generales, en estos textos se incrementa el sentimiento de enajenación del sujeto con respecto a un mundo social que se percibe —sobre todo en los autores más jóvenes— como ajeno, ominoso u hostil, y cada vez menos como un orden inteligible o modificable. El mundo narrativo se torna grotesco o absurdo, amenazante o siniestro: adquiere los contornos de una pesadilla, un laberinto, un caos, una realidad incoherente, ajena a toda comprensión o sentido. La sensación de extrañeza, exilio o enajenación con respecto al mundo, se fortalece en muchos de estos textos mediante la presencia de personajes que se perciben como un ser anómalo, marginado o excluido del orden o la normalidad, como desecho, loco, monstruo, animal o planta. De aquí el recurso frecuente en estos textos a los desdoblamiento y las metamorfosis: personajes enajenados que pierden su identidad, y situaciones donde se borran los límites entre ser humano, animal o vegetal. En la narrativa de este período se continúa el proceso —perceptible desde los años 60— de disolución de las fronteras entre las vivencias subjetivas y las experiencias objetivas, o entre "interioridad" y "exterioridad"; la tendencia a trasladar la fuente de los conflictos desde el "exterior" a la propia subjetividad del personaje, con lo que se borran también las fronteras entre lo "real" y lo fantástico o imaginario.

En la mayor parte de los autores de fin de siglo se percibe también un tipo de escritura que exige un nuevo tipo de lector: estos textos buscan la complicidad o la participación activa del lector en la interpretación de los signos, ya sea por medio de la provocación o el desconcierto, mediante la ruptura violenta con las convenciones y protocolos del sentido común o la sindéresis; ya sea mediante la ruptura con los criterios tradicionales de verosimilitud, la combinación de diversos planos de realidad o de lo real y lo imaginario; ya sea mediante el juego con recursos como el humor, la ironía o la parodia, la mezcla de lenguajes o géneros que por su naturaleza apuntan a la ambivalencia, la incertidumbre, la duda. Todo esto traduce la experiencia de sujetos cuya relación consigo mismos o con el mundo es frustrante o difícil, la sensación de enfrentarse a un mundo desarticulado y alienante, un mundo donde domina la incoherencia, la contingencia o la aleatoriedad, las asociaciones o combinaciones aleatorias de vivencias y objetos sin nexos sólidos o causales estables, el absurdo y el sinsentido o la represión y la violencia.

Estos autores viven la experiencia de un mundo complejo y cambiante: desde el ascenso de los ideales revolucionarios y las utopías juveniles de los años sesenta, hasta la crisis de los ochenta, el "fin de las utopías", el imperio del nuevo capitalismo globalizado, la ideología neoliberal y el "posmodernismo" escéptico y desesperanzado de fines del siglo XX. De aquí que constituyan estos autores un grupo heteróclito, complejo y cambiante, que oscila —de un autor a otro y de un texto a otro— entre el entusiasmo y la esperanza o el escepticismo y el desencanto.



# TOPICOS DEL HUMANISMO

Universidad Nacional  
Centro de Estudios Generales  
Apartado 86-3000  
Costa Rica, América Latina  
Teléfono 277-3307

MIEMBROS DE LA  
COMISION EDITORIAL:  
*Lic. Gerardo César Hurtado Ortiz,*  
*editor*  
*Dra. Zaida Fonseca Herrera*  
*M.A. Ana Cecilia Sánchez Molina*  
*Prof. Alfonso Chase Brenes*

ARTES FINALES:  
*Víctor Hugo Navarro*



Impreso en  
el Programa de Publicaciones e  
Impresiones de la  
Universidad Nacional

## PRESENTACION

**E**s indudable que las nuevas manifestaciones de las corrientes culturales afines al milenio —término que se utiliza como una manifestación culminante, una frontera invisible en los aspectos que tocan las aristas de las artes y las letras, como una enfermedad o una crisis que aúnase los criterios de la hispanidad y las ideologías económicas frente a esa lucha de países periféricos y la voraz incertidumbre de las religiones— todo se convierte en lo global, globalizante, inexorablemente terminal o esperanzador, según se vea con la óptica humana. Comenzamos de nuevo en cuanto que el espíritu de las Humanidades es el último bastión que tiene Occidente para no sucumbir a la extinción de las eras evolutivas o las épocas que todo lo cubren, como las capas del envejecimiento o la remozada visión que tendrán los creyentes del siglo XXI.

Todo lo anterior es una meditación para presentarles a los lectores esta primicia de un investigador acucioso y conocedor de las literaturas actuales. Si damos el salto a este mundo del nuevo amanecer no es para menos que quede una memoria o recuento de lo escrito en Costa Rica en los albores del año 2000.

*Gerardo César Hurtado Ortiz*  
Editor